

Rehenes en su propio hogar: Por qué no pueden irse las mujeres maltratadas

[Patricia Easteal](#) *

Tenía tres títulos universitarios y un puesto profesional altamente remunerado, pero Pamela no podía dejar a su violento compañero.

“Supongo que se debía, en parte, a que no había nadie que validara mi realidad, ya que no podía contarle a ninguna de mis amistades lo que ocurría en nuestra casa”, dijo. “Como consecuencia, siempre había en mí esta duda de que quizás la situación no era tan mala como parecía. Y había periodos en que él era encantador y amoroso, lo que contribuía a ese tipo de negación.

“También había otra razón que es difícil de explicar, pero tenía que ver con necesitar quedarme para que él finalmente se diera cuenta que yo estaba bien, que yo era una buena persona. Durante años él había justificado su consumo de alcohol, adulterio y abuso diciendo que yo era una perra rezongona. Para mí se hizo increíblemente importante demostrarle que su percepción no era correcta.

“Por fuera yo me veía bien. Nunca había dejado de funcionar, de modo que nadie se daba cuenta. Nadie tenía la más mínima idea de lo que ocurría. Pero cada vez que yo no podía consumir la amenaza de dejarlo, por dentro crecía el repudio hacia mí misma. Se expandía adentro, como un cáncer, hasta que perdí totalmente mi percepción de mí misma”.

‘¿Por qué ella no se va?’

Es una pregunta que muchas personas hacen. Sin duda la estaban haciendo cuando Margaret Raby fue llevada a juicio en 1994 en Melbourne (Australia) por haber matado a su esposo. Los actos de violencia de él habían incluido vomitar y orinar sobre ella, escupirla, violarla constantemente y obligarla a caminar desnuda por la casa. La apuñaló, la encerraba en un armario, le prendió fuego, quiso estranglarla, le insertó latas de aerosol en la vagina... una larga lista de agresiones.

De hecho, ‘¿por qué ella no se fue?’ pudo haber sido la pregunta que el jurado ponderaba cuando la encontró culpable de homicidio. Aparentemente, ellos—como tantas otras personas—tampoco comprendían por qué Margaret se había quedado, o por qué había regresado.

Ésa fue también la pregunta que la defensa planteó en el juicio de Michael Wither el pasado octubre en Perth. Se le acusaba de haber rociado con gasolina a su compañera, Stacey Larson, y haberle prendido fuego [en noviembre de 1994], lo cual le dejó quemado casi el 70 por ciento del cuerpo. Los abogados del acusado argumentaron que, dado que Stacey continuó teniendo relaciones sexuales con Michael, ella probablemente estaba mintiendo acerca de ese intento de asesinato.

Al parecer, cuanto más grave es la violencia perpetrada, más difícil resulta comprender la inercia o el regreso de la mujer. Sin embargo, a mayor violencia, más grande es la incapacidad de irse.

Quizás podríamos comprender esa paradójica correlación en el contexto de los rehenes políticos. Mientras más seria es la brutalidad psicológica y física, podemos entender intuitivamente que el poder de los captores sería muchísimo mayor y conduciría a que los rehenes no sean capaces de liberarse de este control casi magnético.

Las acciones de los rehenes políticos son consideradas razonables. Sin embargo, al parecer muchas personas no pueden equiparar la realidad de la violencia doméstica con el terrorismo político o la

guerra, ni ver la situación de la mujer como análoga—una rehén en su propio hogar. La conducta de la mujer maltratada es, por tanto, vista como irrazonable.

No se considera que las acciones de los rehenes políticos signifiquen una debilidad innata o dependencia. No obstante, algunas personas se apresuran a calificar a la mujer maltratada como débil, pasiva y dependiente. Hay quienes dicen que es porque 'las mujeres son así'. Al rehén político no se le describe como masoquista. Sin embargo, ¿no es común escuchar decir que las mujeres deben permanecer en una relación violenta porque la disfrutaban?

A fin de responder la pregunta de por qué las mujeres pueden llegar a quedar atrapadas en un hogar violento, es necesario contestar otras dos: ¿cuál es la realidad de ser una mujer maltratada? y ¿cuáles son las consecuencias para alguien que vive en una situación de violencia?

La violencia en el hogar se centra en el control—el deseo del hombre de dominar a su pareja. Empieza con incidentes insignificantes que a menudo tienen que ver con celos. Él comienza a criticar la ropa de ella, su maquillaje o cabello, la forma en que habla o que no hable suficiente.

Safia, una mujer turco-australiana, describe cómo ocurrió en su matrimonio: "Empezó a socavarme. Poco a poco. No te golpea inmediatamente pues en ese punto no sabe cuánto vas a aceptar. Pero te observa durante meses y se percata de cuánto puedes soportar. Se da cuenta que, sin importar qué te haga, lo toleras. El abuso físico viene después".

Este abuso emocional es continuo, generalmente va agravándose y con el tiempo se le agregan otras variadas expresiones de poder. El maltrato físico es una manifestación del ejercicio de control y a menudo involucra provocar no sólo dolor sino también humillación.

Las palabras de Noraika, una migrante de Malasia, denotan dramáticamente esa combinación. Ella estaba aislada en el campo con su esposo nacido en Australia.

"Estuvimos una vez en una propiedad y una italiana me enseñó a hacer espagueti a la boloñesa. Pensé que esto era genial, así que lo preparé una noche cuando había frío y él regresó del bar ... Llegó a casa y le serví la cena. Me miró con ojos perdidos y dijo: '¿Qué es esta porquería?' Se levantó. Yo había mantenido caliente la comida—yo lo había esperado y los niños ya estaban en sus camas. Él levantó el plato—nunca lo olvidaré—y caminó hacia mí. Pensé que iría a tirar la comida. Me la echó toda en la cabeza. Mi cabello era muy largo y no teníamos agua caliente en la casa. Era necesario calentarla afuera, en un recipiente de cobre, y después llevarla adentro. Estuve casi hasta la media noche lavándome el cabello, luego secándomelo hasta la una de la mañana. Después tuve que limpiar la cocina, mientras él se fue a dormir".

Los abusos pueden incluir violencia sexual, como lo describe Lynn: "No recibí golpes porque siempre hice lo que él decía. Por lo general mi esposo me saltaba encima mientras dormía, me sujetaba los brazos y apretaba mis piernas con las suyas, de modo que yo no podía moverme".

Proferir amenazas de muerte, ocasionar daños a la propiedad, lastimar a los animales y, a veces, a hijas e hijos son otras posibles expresiones de la necesidad de quitarle el poder a la otra persona. Es un proceso cautivador, acentuado por periodos de remordimiento. Durante estos periodos de "luna de miel", él jura que nunca volverá a hacerlo.

Lo que sabemos es que, desafortunadamente, casi siempre lo hace. Además, los episodios de violencia física son irregulares y, por tanto, impredecibles. Ella nunca sabe cuándo ocurrirán. Para algunas

mujeres, el resultado final es la muerte. En Australia, una esposa o ex esposa es asesinada, en promedio, cada semana; menos frecuentemente, los episodios terminan en que la mujer mata al abusador.

¿Cuáles, entonces, son las consecuencias de vivir en esta situación extraordinaria? Con el tiempo, como lo describió Pamela, la autoestima de la mujer se erosiona. Ella se aísla cada vez más a través del secretismo y la vergüenza que experimenta como víctima. El armamento verbal de su compañero incluye decirle que es su culpa que él tenga que golpearla; que no vale nada como mujer, esposa y madre. No hay nadie que lo contradiga. El maltrato sigue siendo una acción vergonzosa y privada en nuestra cultura, y la mujer mantiene el secreto.

“Después de un tiempo te verás al espejo y ya no podrás reconocer quién eres”, dijo Safia. “La persona que ves reflejada ahí no eres tú, y ni siquiera sabes cómo ocurrió esto porque es un proceso tan lento”.

Existen tres reglas que imperan en ambientes de violencia, las cuales contribuyen a perpetuar estos efectos de vergüenza y aislamiento.

‘No hables’

A la mujer (y a la niña o el niño) a quien se le somete a violencia se le exige que no diga nada sobre lo que está sucediendo. Además de no poder hablar con nadie fuera del hogar, dentro de la familia no se habla de la violencia. La regla del ‘no hables’ es obligatoria para que el perpetrador pueda continuar ejerciendo control y violencia. Y usualmente será tanto explícita—‘No hablamos de esto con nadie’—o implícita a través de la continua negación de la percepción que la víctima tiene de la realidad. Ella no puede contarle a alguien algo que en diversas maneras se le ha dicho que no ocurre.

Esta regla es un subproducto de dos factores: la propia sensación de vergüenza de la mujer, que asume la responsabilidad por el abuso; y la idea de que tal violencia se convierte en algo tan normal que ya no es excepcional, sino simplemente una parte de su realidad.

‘No confíes’

A la mujer (y a la niña o el niño) que vive en una familia donde hay violencia se le enseña, a través de la experiencia, que no se puede confiar en la gente, en sus promesas ni su comportamiento. A menudo se le ha dicho que “nunca volverá a ocurrir”. Aprendemos a confiar cuando recibimos sustento emocional y se nos trata con amor, consistencia y cuidado. A ella no se le trata así. Tampoco confía en sí misma. La mujer sometida a violencia desarrolla un profundo vacío interno, una falta de sí misma, o de su propio valor. En su lugar hay un germen de vergüenza que continuamente le dice: “Tú eres la responsable de esto. Eres mala”.

‘No sientas’

Cuando él empieza a atacarla, ella sale de su propio cuerpo y observa la escena a distancia. No siente el dolor o la cólera porque en realidad ella no está ahí. Pero el dolor y la cólera están ahí dentro, debajo de una capa tras otra de negación, autorrepudio y, quizás, alcohol y otras drogas.

El resultado de estas reglas—el carácter continuo de la violencia, y el aislamiento, vergüenza y negación que provoca—es, sencillamente, que lo grotesco se convierte en normal. El elefante ha estado durante tanto tiempo en la sala familiar que la mujer aprende a caminar alrededor de él y ya ni siquiera lo ve.

Sin saber nunca cuándo o por qué el hombre atacará de nuevo, la vida de ella se ve plagada de terror, se centra en la supervivencia, en 'caminar de puntillas' tratando de complacerlo para evitar el abuso físico. Y a menudo él la amenaza con que la matará si lo deja.

Éstas no son siempre amenazas vacías en hombres que parecen ser incapaces de renunciar a su control o no estar dispuestos a hacerlo. Como consecuencia de ello, casi la mitad de los homicidios cometidos por esposos (examinados en New South Wales y Victoria) ocurrió después de que la mujer dejó la relación violenta.

"He sido víctima de varios ataques y violación sexual durante años", dijo una sobreviviente. "No sabiendo cómo salirme de la relación—él amenazó con dispararme a mí y a nuestros hijos, y no me cabe duda de que lo habría hecho—, lo único que podía hacer era proteger y amar a mis hijos".

La 'prisión' de la mujer podría ser hermética debido a la falta de apoyo y habilidades para subsistir por su propia cuenta. Si es aborigen o migrante, podría haber presiones culturales adicionales para que permanezca en la relación y un acceso limitado a información. Además, quizás ella tenga poca confianza en que el sistema (la policía, por ejemplo) pueda ayudarla, ya sea por su experiencia previa con éste o por las creencias generales.

Y aun cuando la mujer sí se va, como lo hizo Stacey Larson, el 'imán' que la lleva de vuelta al perpetrador puede ser sumamente poderoso. El vínculo 'rehén-captor' es complejo. Durante muchos años, complacer al hombre para evitar su violencia puede haber sido el centro de la vida de ella. Su mente está llena y preocupada de supervivencia—su mente está llena y preocupada de él.

La meta del captor es reprimir y controlar a su rehén. El hecho de que una mujer lo deje no siempre acaba con tal poder. Y, por cierto, tampoco necesariamente pone fin a la expresión de ese poder, como lo ha evidenciado el frecuente incumplimiento de las órdenes de restricción en casos de violencia doméstica. Tal vez ella regresa para recibir de él una disculpa, algún reconocimiento de que lo que le hizo no fue correcto y que ella, la víctima, no provocó de ninguna manera esa victimización. Ella ha escuchado tantas veces los mensajes grabados en su mente—de autoinculpación, de responsabilidad y de una autoimagen negativa.

O quizás la mujer requiere una explicación. Necesita comprender por qué, como nos ocurre al resto. Si ella lograra ubicar alguna razón o una lógica dentro de la experiencia surrealista, entonces tal vez pueda empezar a sentir algún control y recuperar el poder que se pierde con la violencia doméstica.

* **Dra. Patricia Easteal.** Criminóloga de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Australia. Autora de numerosos artículos y libros sobre la violencia contra las mujeres, incluyendo: *Killing the Beloved* [Matar a un ser querido] (Australian Institute of Criminology, Canberra, 1993); *Voices of the Survivors* [Voces de las sobrevivientes] (Spinifex Press, Melbourne, 1994); y *Shattered Dreams* [Sueños truncados] (Bureau of Immigration and Multicultural Population Research, AGPS, 1996).

Perfil de la autora:

www.canberra.edu.au/faculties/law/staff-profiles/easteal

Artículo original ("A hostage in her own home: Why battered women can't leave") publicado en: WIN (Women's International Net) Magazine, Edición 1-A

Traducción al español: Laura E. Asturias | Guatemala | www.transwiz.org
Publicada en www.transwiz.org/Rehenes.pdf